

Comentarios liminares sobre la llamada sociedad de masas

Por *SALVADOR GINER*

I

Las interpretaciones generales de la sociedad han sido siempre necesarias. Como es natural, éstas han adoptado las más diversas formas. Las ha habido religiosas, ideológicas y filosóficas. La aparición de las ciencias sociales no ha eliminado ni mucho menos la humana necesidad de poseer una visión comprensiva del mundo social. Al contrario, estas ciencias nos han provisto de un material que ha sido incorporado a dichas interpretaciones generales de la sociedad. Y, como es lógico, la incorporación no se ha realizado sin las transformaciones subsiguientes en la filosofía social. Estas interpretaciones son, en todas partes, y con excepción de aquellos países que se hallan dominados por una ideología oficial, muy numerosas. Una de ellas, y quizás la más extendida, es la teoría de la sociedad de masa, o como menos correctamente se suele decir, de masas. Esta teoría ha sido aceptada y adoptada por una gran variedad de gentes, ya implícita, ya explícitamente. Por lo visto dota de una explicación satisfactoria y sencilla de la situación social contemporánea a más de un poeta, artista, ensayista, sociólogo y economista. Su buena recepción entre individuos tan diferentes en cuanto a sus faenas le concede un papel prominentísimo en el horizonte de nuestras construcciones intelectuales. Además en la última década más o menos los problemas sociales y su discusión en muchas aulas universitarias se han enfocado usando la teoría de la sociedad de masas como idóneo marco para interpretar las circunstancias concretas de la sociedad contemporánea; en estos casos la teoría se ha convertido insensiblemente en algo más que en una hipótesis, pues se ha dado por sentada. Y muchos libros que no tratan directamente con el asunto, han dado también por sentada la verdad de la teoría y de sus postulados y han explicado —a mi entender peregrinamente— fenómenos

tales como la neurosis, el arte abstracto y los deportes modernos en sus términos.¹ A la luz de estos acontecimientos algunos comentarios incidentales parecen justificados, sobre todo si se tiene en cuenta que en ellos no se va a hacer otra cosa que subrayar algunos elementos subterráneos y nada nuevos de la teoría de la sociedad de masas que por lo general no han sido destacados en los abundantes estudios sobre la misma. Por otra parte quiero poner de relieve algunas de sus insuficiencias radicales que arrancan de actitudes ideológicas subjetivas más que de un análisis articulado y verdaderamente penetrante de la sociedad en la que vivimos.

II

DEFINICION DE LA SOCIEDAD DE MASAS

La teoría de la sociedad de masas define a nuestro mundo diciendo que, en general, prevalece en él el hombre mediocre y que prácticamente todas las actividades sociales van dirigidas hacia la satisfacción de sus necesidades. Dice, además, que las viejas estructuras sociales que permitían la espontaneidad, la creatividad y la libertad han sido ahora sustituidas por un sistema social caracterizado por la burocracia, los expertos y la producción económica en masa. Si bien este último rasgo significa abundancia, el predominio de los otros dos implica la atomización y la anonimidad de las personas. Los seres humanos se hallan perdidos, alienados de sus prójimos. Viven en un mundo artificial o, como a veces se oye, kafkiano. Dice la teoría que estos fenómenos han ocurrido porque la masa de la población ha sido incorporada a esas zonas que antes quedaban reservadas sólo a los componentes. Consecuencia: la política se ha degradado al nivel de la demagogia ideológica, el arte se ha deshumanizado, la vida buena se ha convertido en mero confort, y etcétera. En una palabra, la vida se ha vulgarizado. Desde el punto de vista histórico, diría la teoría, la educación de las masas no ha ayudado a sus miembros a convertirse en individuos libres y creadores. Lo único que ha hecho ha sido desencadenar, y hasta a veces institucionalizar, sus características plebeyas.

He aquí, a guisa de ejemplo, algunas de las definiciones que al azar he hallado de lo que sea la sociedad de masas.

I. /La sociedad de masas es/ “una sociedad amorfa, atomizada, donde las multitudes humanas se encajan en cuadros artificiales, en formaciones mecánicas que antes sugieren la palabra regimentación que organización para designar el orden de la convivencia social². (Francisco de Ayala).

II. “La nueva sociedad es una sociedad de masa... en el sentido de que la masa de la población ha sido incorporada *dentro* de la sociedad... la mayor parte de la población... está en una relación más íntima con el

¹ MAURICE STEIN, et alii *Identity and Anxiety, Survival of the person in mass society*, Glencoe: Free Press, 1960, es un buen ejemplo.

² FRANCISCO AYALA, *Introducción a las ciencias sociales*. Madrid: Aguilar, 1952, p. 266.

centro que lo estaba en las sociedades premodernas o en las fases primeras de la sociedad moderna /en la que/ una parte sustancial de la población, a menudo la mayoría, nació y para siempre quedó fuera de ese centro (*outsiders*)”³. (Eduardo Shils).

III. “La sociedad de masa... sugiere la idea de la atenuación de las asociaciones y grupos primarios. Las relaciones burocráticas e impersonales de las organizaciones en gran escala han reemplazado los sistemas informales de lealtad en los grupos pequeños y afiliaciones locales. Las condiciones y las ideologías igualitarias han debilitado los sistemas de autoridad política y social tan característicos de las comunidades estratificadas. Las innovaciones técnicas han hecho posible un alto grado de estandarización tanto de los productos como de las ideas. El alargamiento de la cadena del mando burocrático ha aumentado las posibilidades de control oligárquico mientras que los grupos locales son cada vez menos fuertes y menos resistentes al control. Lo descollante es la ruptura de las relaciones y diferencias inmediatas, de manera que la población ahora es más homogénea y menos agudamente identificable con grupos sociales distintivos”⁴. (J. R. Gusfield).

IV. “La sociedad de masa es un sistema social en el que las élites son fácilmente accesibles por las no-élites y éstas pueden fácilmente ser movilizadas por las élites”⁵. (Guillermo Kornhauser).

V. “Tanto el sistema soviético como el occidental... usan de métodos de una sociedad de masa regida gerencial y burocráticamente, caracterizada por un creciente grado de alienación humana, adaptación a los grupos y por una prevalencia de los intereses materiales sobre los espirituales; ambas producen al hombre de la organización (*organization man*) dirigido por la burocracia y las máquinas y que a pesar de ello cree seguir los altos objetivos de los ideales humanísticos”⁶. (Erich Fromm).

Lo primero que este manojo de definiciones muestra es la vastedad de los fenómenos que quieren abarcar. Cada cual hace hincapié en hechos diferentes, aunque en algunos casos éstos sean correlativos o no se contradigan entre sí. Por ejemplo, el “hombre de la organización” de una definición (V) es un elemento implicado en toda prevalencia de “relaciones impersonales y burocráticas” que se indican en otra definición (III). Es difícil de todas maneras fundir este grupo de definiciones en una proposición perfectamente unificadora, ya que también nos enfrentamos con versiones de la idea que son parcialmente contradictorias. En un lugar se nos habla, por ejemplo, de la incorporación de la mayoría de las personas al centro de la vida social, en contraste con el extrañamiento de la mayoría de la población en sociedades anteriores (II) mientras que en otro nuestra sociedad se define mediante un grado creciente de extra-

³ EDWARD SHILS en NORMAN JACOBS et alii *Culture for the Millions?* Princeton: Van Nostrand, 1962, p. 1.

⁴ JOSEPH R. GUSFIELD, *Mass society and extremist politics*, “American Sociological Review”. Vol. 27, n.º 1, febrero, 1962, p. 29.

⁵ WILLIAM KORNHAUSER, *The Politics of Mass Society*. Glencoe: Free Press, 1959, p. 39.

⁶ ERICH FROMM, *May Man Prevail?* Garden City: Doubleday, 1962, pp. 81-82.

ñamiento o alienación de los seres humanos (V). Quizás pueda hacerse la salvedad de que todos estos conceptos no entren en colisión en un estadio superior y ulterior de esclarecimiento. Pero a tal punto no hemos llegado ni hay indicios de que a ello se vaya.

III

LA INTERPRETACION ARISTOCRATICA DEL HOMBRE COMUN

Las pretensiones de originalidad que la visión de la sociedad encerrada en estas definiciones pueda tener son limitadas. Aparte del léxico, que es novedoso, lo único que vemos aquí que sea nuevo en la historia del pensamiento social es que se han generalizado las características antes atribuidas a las masas, y se han aplicado a la sociedad como todo. Esta generalización aparte, nos encontramos con que la vida y las aspiraciones de la gente común de nuestra época son interpretadas en los mismos términos de la vieja tradición del pensamiento aristocrático. Este no se refiere necesariamente sólo al que se encuentra en las clases altas de una sociedad feudal o de castas, sino más bien a cierta actitud y a cierto enfoque del mundo social. Estos pueden expresarse con la idea de que el poder, al igual que las vigencias sociales tales como el gusto o la moralidad, deben de estar en manos de una "minoría selecta". En la teoría de la sociedad de masas todo ello ha hallado nuevo hogar en que refugiarse, un marco sistemático en el que parece volverse plausible otra vez, en el seno de una edad de igualdad y democracia. ¿Cómo ha sido esto posible? Hagamos algunas, y mínimas, consideraciones históricas.

El hecho de que las más refinadas formas de la cultura y en especial su creación hayan siempre requerido seguridad, ocio y algo de tranquilidad material las ha restringido a lo largo de la historia, como bien es sabido, a un grupo muy pequeño de personas. Parece inevitable que ahora que las condiciones necesarias para alcanzar tal situación han sido extendidas a un número comparativamente mucho mayor de individuos nos hallemos capacitados para entender la naturalidad con que las actitudes aristocráticas eran aceptadas como pilares sobre los que tender el entablamento de la especulación social. Como la cultura y el poder eran un asunto de pocos, de "happy few" según Stendhal, generación tras generación, nada hay de sorprendente ante la persistencia de este enfoque. Ni los griegos, ni las gentes del Renacimiento llegaron a convencerse a fondo de que la "masa ignorante" tenía verdaderas virtudes morales. Cuando las entreveían en el pueblo, circunscribían su existencia a una arcadía rural de campesinos honestos y trabajadores que más salía de sus imaginaciones ciudadanas que de otra cosa.

Las cosas empezaron a cambiar, claro está, con la Ilustración. Aunque la actitud básica era la misma, algunos comenzaron a pensar que a través de la educación las masas alcanzarían conocimiento más profundo, mayor libertad y vida mejor. Estos autores, empero, continuaron manteniendo la idea de que la inmensa mayoría de los individuos era constitucional-

mente incapaz. He aquí por qué ellos y su clase social llevaron a cabo su tarea en forma despótica. Pero sus esfuerzos hallaron tal éxito que su mismo poder fué rápidamente suprimido. Durante los primeros años del período revolucionario, esto es, después de 1789, muchos miembros del grupo que había dirigido lo que llamamos la Ilustración intensificaron sus viejas ideas acerca de las cualidades peligrosas que se esconden en el ánimo de los individuos ignorantes que componen la mayoría de la población.

Una vez los viejos sistemas jerárquicos fueron abolidos, las masas egoístas y desatadas mostraban su verdadera naturaleza en el frenesí del tumulto, el crimen y el terror, decían ellos. Pero los acontecimientos no llevaban el camino de darles la razón, pues los reaccionarios se quedaron, de momento, solos con sus "advertencias". Algunos, de todas formas, como por ejemplo, José y Javier de Maistre, alcanzaron cierta popularidad e hicieron de consoladores oficiales de aquellos que habían perdido durante los años revolucionarios. Algunas décadas más tarde a estos revolucionarios se les unieron los dirigentes intelectuales de la burguesía, quienes, tras los eventos de 1848, se asustaron de veras ante la idea de llevar a cabo las consecuencias de los principios morales y filosóficos que informaban las instituciones políticas que su clase había traído. Estos sucesos, y a medida que pasaba el tiempo, otros muchos, les hicieron abandonar la idea de la perfectibilidad secular del hombre. Esta idea había justificado gran parte del empuje revolucionario. En verdad que sin ella todo progresivismo integral queda convertido en agua de borrajas. Sólo los anarquistas, los socialistas y los comunistas iban a mantener tal idea viva desde aquel entonces.

En Occidente la agitación de masas ha sido continua hasta épocas recientes. A medida que crecía, muchos pensadores intentaron interpretar la intervención de las masas en la actividad revolucionaria en los términos que les proporcionaban sus propios prejuicios. No buscaban sus causas reales. No estudiaban la psicología de las multitudes en su propia perspectiva, es decir, como la de un grupo de seres humanos que pertenece a *cualquier* clase o grupo social y que se halla temporalmente puesto en condiciones de confusión o trance por un conjunto de factores peculiares. En vez de eso se dedicaban a predecir el fin de la civilización a manos de los nuevos bárbaros, cual si fuera la cosa una catástrofe cósmica. Léanse sino las líneas de un Le Bon cuya obra es más sintomática que intrínsecamente importante. Hombres como Polibio habían descrito mucho antes fenómenos paralelos, y lo que se estaba haciendo no era sino repetir algo que se había dicho de mejor manera. El error fundamental consistía en creer que el fin aparente de *su* mundo significaba el fin *del* mundo.

IV

LA IDEA DEL HOMBRE MASA

Una de los hechos más descollantes de la teoría de la sociedad de masas es que surgió como último desarrollo de las especulaciones acerca

del influjo de las masas en el mundo moderno. Esta puede parecer una declaración elemental. Nada puede sorprendernos menos que el camino que nos lleva de una teoría sobre las masas a una teoría de la sociedad masa. Si, sin embargo, observamos el contenido de ambos tipos de teorías, pronto veremos que destacan cosas diferentes. Las teorías sobre las masas entrevén una sociedad *amenazada* por fuerzas plebeyas, cuya victoria significaría el gobierno de la turba y el final de todo lo civil y lo decente. Las masas se nos presentan cual indolente leviatán que, de ser despertado por criminales demagogos, se entregaría a momentos fatales de destrucción y estrago. Ahora bien, esto es muy diferente de la teoría de la sociedad de masas, al menos en su versión más corriente. Las concepciones primeras de esta doctrina revolían en torno a fenómenos que ahora suelen incluirse bajo el epígrafe de política de masas y conservaban lo esencial de la concepción antedicha; pero la teoría presente precisamente elimina del área de las sociedades de masas aquellas sociedades en las que los movimientos políticos de multitudes son descollantes. Declara que son sociedades de masas aquellos países que han alcanzado el más alto nivel de bienestar material y en donde los resultados de la civilización industrial han alcanzado a toda la población. Las instituciones burocráticas han roto, según los autores de la teoría, las relaciones personales; por otra parte, los medios masivos de comunicación han convertido a la gente en un único público gigantesco. Esto implica que lo que al principio era un fenómeno importante más parcial, es ahora una categoría universal.

¿Cuál es la consecuencia principal de que el sistema social se halle dominado por situaciones de masa? La respuesta que se nos da es sencilla: el predominio del hombre mediocre. Aquí la teoría hace uso de nuevo de la concepción tradicional de los rasgos morales e intelectuales del miembro común del pueblo. La diferencia entre los conceptos de la teoría y los tradicionales es más bien semántica. En aquella se llama al villano "hombre de masa" y se nos asegura que su aparición es un fenómeno nuevo por completo. Y para sustanciar esta pretensión de novedad los teóricos de la sociedad de masas insisten en la idea de que las condiciones sociales del pasado eran más humanas y que las relaciones personales permitían a todo el mundo el desarrollo de su intensidad y personalidad. El hombre moderno en el seno de la sociedad de masas se supone enajenado. Pero para describir sus características se utilizan muchos de los elementos que han sido aplicados al hombre común a través de la larga historia del pensamiento social. Ortega se quejaba de la aparición de los incompetentes y su pretenciosa interferencia con aquello que en buena ley debiera abandonarse en las aptas manos de las llamadas minorías selectas. Esto es lo que al fin y al cabo quería decir Montesquieu al recomendar que los puestos de responsabilidad no tendrían que caer en manos del "bajo pueblo", aunque el régimen político sea democrático. Creía que gran parte de la población se hallaba en un despreciable *état de bassesse* y que la prudencia aconsejaba la negación del voto a aquellos que en tal estado se encontraban.

Esto nos lleva al problema del carácter moral del miembro del pueblo. La última justificación del restringir el poder a una élite de ciudadanos

socialmente prominentes está basada en la idea de que al miembro oscuro de la sociedad le faltan las cualidades que le permitirían gobernar sobre otros individuos. No se trata tan sólo de una cuestión de conocimiento adquirido. Es la idea de la *naturaleza* de la persona común de lo que se trata.

La formación de este prejuicio contra los individuos de las clases bajas obedece a la asociación mental incesante de la élite real con las clases altas. Era muy difícil para un hombre que perteneciera a éstas el acercarse a la inmensa mayoría sin un velo. Hasta el campesino que en ciertos períodos había gozado de los bucólicos ditirambos de los críticos de la vida urbana era mirado a menudo con desprecio. La Bruyère pintaba el carácter del campesino como brutal y bestial. Nada hay de sorprendente en que, al no darse cuenta de que cualquier multitud ha de actuar irracionalmente en una situación tumultuaria, los observadores de los primeros movimientos de masas vieran en ellos cierto reflejo de la naturaleza interna de sus componentes, los miembros del pueblo. La intervención poco evitable de los demagogos agravaba el asunto y lo hacía más nebuloso. En nuestro siglo, Ortega ha sido el receptor más destacado de estas tradiciones y a él debemos el concepto de hombre masa. Sería un error decir que tal noción no es "nada más que" una transposición de las nociones antiguas acerca del plebeyo porque la hábil actualización es más que terminológica. La noción orteguiana va acompañada de una interpretación histórica peculiar, y eso es lo que le presta alguna originalidad lo que el filósofo madrileño llamó la invasión vertical de los bárbaros.

V

BARBAROS VERTICALES Y PESIMISMO CULTURAL

Lo que ha significado la transición de la teoría de las masas a la teoría de la sociedad de masas es, entre otras cosas, el traslado de la vieja manera de entender la naturaleza de las multitudes a una zona que cae dentro del marco de una sociedad atomizada donde los caracteres de impersonalidad que predominan en toda turba se convierten en la forma de vida normal de todos sus miembros. Por eso nos presentan al hombre contemporáneo como un ser hedonístico, obsesionado por la conformidad y el ajuste sociales, carente de normas y de valores serios. En una palabra, el juicio global que de nuestra sociedad se hace es negativo.

Y al llegar aquí nos damos cuenta de que estamos enfrentándonos con un nuevo aspecto de la teoría de la sociedad de masas: su pesimismo. Los aspectos peyorativos de las filosofías sociales anteriores estaban, en la mayoría de los casos, fuertemente limitadas por una confianza igualmente importante en el progreso o, por lo menos, en la posibilidad de la renovación moral. La teoría cuya crítica nos ocupa ha heredado dichos aspectos pero no las creencias en el avance ético de la sociedad. No debe, en consecuencia, extrañarnos que sus primeras manifestaciones hayan sido también ejemplos de la moderna hipótesis del ocaso de la civilización occidental. Para aumentar la confusión, muchos de los que se consideran

a sí mismos progresivos y radicales han incorporado este material a sus concepciones, en la infantil creencia de que aún así continuaban siendo progresivos y radicales, y hasta de que estaban enriqueciendo su filosofía social. La aceptación de los postulados mayores de la teoría de la sociedad de masas les obliga a un *quid pro quo* pues ello les acerca a las concepciones pesimistas de las que hablo, mantenidas precisamente por sus antagonistas ideológicos.

Esta aproximación de posiciones diferentes y a veces extremas no es tampoco nueva. Parece ser una característica de los tiempos de crisis el que, a pesar de que exista una amplia gama de escuelas, ciertas actitudes fundamentales las permeen a todas. Durante la crisis del mundo antiguo una onda similar de pesimismo cultural se dejó notar a través de todos los centros intelectuales del Imperio Romano; los epicúreos, los estoicos, los platónicos, tenían todos ellos un terreno de común y hasta de solidario entendimiento, a pesar de una diversidad evidente. Poseían una postura similar o idéntica en cuanto a los destinos de la cultura y a la degeneración de los estilos de vida que habían prevalecido antes de que Atenas se hundiera como entidad política y Roma se convirtiese en una ciudad pululante de provincianos desarraigados y nerviosos comerciantes. Hasta el naciente Cristianismo participaba de estos sentimientos. Por eso proponía éste una solución del problema al distinguir, desde su mismísimo origen, entre una ciudad de Dios y una de los hombres. Hoy podemos notar fenómenos bastante parecidos. Ciertos pensadores, como José Ferrater, que se han interesado en el estudio de las crisis, han trazado las analogías y paralelos pertinentes⁷. Nada hay de sorprendente, pues, en el hecho de que nuestra teoría halle los defensores más diversos, gente que está a menudo enredada en una curiosa polémica acerca del destino del hombre moderno. Digo curiosa porque mientras estos escritores y grupos discrepan en más de un asunto siempre llegan a los mismos acuerdos implícitos acerca de la naturaleza de nuestra cultura —que llaman cultura de masas—, de nuestra política —que llaman política de masas—, y de nuestra sociedad —que llaman sociedad de masas—.

VI

UNA FUNCION MAS PARA LA TEORIA SOCIOLOGICA

Hasta aquí dos son los elementos de la teoría de la sociedad de masas que han sido subrayados: 1/ la herencia de la concepción aristocrática de los rasgos morales de los individuos del pueblo, y 2/ la idea del ocaso de la civilización a manos de las masas. El primero se revela en la noción predominante del "hombre masa". El segundo en la descripción de nuestro mundo como mundo vulgar. Hay ahora que añadir un tercer elemento para hacer la descripción interna de la teoría de modo más completo: la teoría sociológica. Esta ha sido su factor formal.

⁷ JOSÉ FERRATER, *El hombre en la encrucijada*. Buenos Aires: Sudamericana, 1952, *passim*.

Una de las características cardinales de la construcción que se examina es que es sociológica. A estas alturas ya no puede darse un pensamiento social que no tenga en cuenta los logros de la sociología, por muy modestos que éstos sean. La teoría de la sociedad de masas, que surgió en el seno de la tradición europea de la filosofía de la cultura, pronto se convirtió en un objeto de atención por parte de los sociólogos y fué integrada en varias de sus especulaciones acerca de la naturaleza de la sociedad moderna. Además, varios sociólogos habían estado explicando ciertos aspectos de la evolución histórica en términos de un proceso que lleva hacia la aparición primero, y predominio después de un mundo social técnico y racionalizado. Quienes dieron mejor expresión a esta idea tan sólo pretendían utilizarla como herramienta que nos sirviera para entender los procesos sociales generales y no querían que sobre ella se apoyaran sistemas cerrados que excluyeran otras interpretaciones.

La concepción de la sociedad de masas ha tomado muchas cosas prestadas de esta área de la teoría sociológica. Por ejemplo, en su análisis de la historia como historia de la división del trabajo, Durkheim presenta dos formas extremas de la naturaleza de los lazos que unen a los hombres. Estos lazos dependen del tipo de división del trabajo social predominante. El avance paulatino de la división orgánica del trabajo y el retroceso de la mecánica implica el predominio del funcionalismo o reparto de tareas según la especialización. Según Durkheim cada tipo de división del trabajo significa a su vez un tipo diferente de cohesión y coerción sociales. Así la división mecánica obliga a una identificación total del hombre con su comunidad, mientras que la orgánica crea relaciones en las que los individuos se complementan por la especialización, y el tipo de solidaridad que los une es muy diferente, pues ésta no requiere la unificación ciega y absoluta con el grupo que exige toda sociedad primitiva. Haciendo liberal uso de estas ideas, dice la teoría de la sociedad de masas que en ella nuestra solidaridad con otros individuos es fundamentalmente funcional. Los hombres se tornan cada vez menos universales debido a que podemos hablar ya de una nueva forma de barbarie que es la del especialismo. Por otra parte, una de las principales pretensiones de la teoría es la afirmación de que las comunidades han sufrido una crisis completa y que las relaciones comunitarias han desaparecido. Se da por supuesto que el hombre está sumergido en una fría masa de individuos no física, pero si moralmente solitarios⁸. Esto tiene su origen doctrinal en la hipótesis sociológica de Tönnies que, como se sabe, dice que históricamente la *Gemeinschaft* (comunidad), en la cual las relaciones interhumanas son personales y afectivas, tiende poco a poco a convertirse en *Gesellschaft* (sociedad), cuyas relaciones son impersonales y funcionales.

La conversión progresiva del trabajo social en una red gigantesca de tareas muy especializadas ha implicado, no cabe duda, una nueva organización de la sociedad que ha colocado a las comunidades autosuficientes

⁸ DAVID RIESMAN et alii *The Lonely Crowd*. Garde City: Doubleday, 1953 *passim*.

del mundo preindustrial en un plano muy diferente. Estos procesos, descritos con tanta excelencia por Tönnies y Durkheim, han sido complementados por los teóricos de la sociedad de masas con una parte importante del aporte weberiano. En realidad la descripción que hace Weber de la burocratización y racionalización de la organización social es uno de los pilares más firmes sobre los que gravita el resto de la construcción.

Estas consideraciones sociológicas son con toda probabilidad más relevantes para la teoría como conjunto que las observaciones hechas acerca de la turba y su conducta que fueron su punto de partida originario. De esto se da una cuenta cuando se observa de cerca la literatura del pasado dedicada al tema. Las especulaciones sobre la conducta multitudinaria, por sí solas, no nos pueden llevar a una concepción de la sociedad como sociedad masa. Algunos pensadores, Polibio sobre todo, llegaron a imaginar situaciones en las que las masas dominaban en forma absoluta. Sin embargo, en estas circunstancias lo que de verdad imperaba era la actividad turbulenta, el frenesí y el desorden. Los teóricos de los que hablo creen, en cambio, que los movimientos de masas pueden traer lo que ellos llaman sociedades totalitarias de masas, pero no creen que la agitación, el activismo o ni siquiera la rebelión de las masas sean otra cosa que un precedente de lo que ellos afirman describir. Una sociedad de masas se describe precisamente en términos de apatía y de conformidad universales y se dice que aparece tan solo dentro del marco de la producción masiva de bienes de consumo. Se llama sociedad de masas porque la idea principal es que las estructuras que se interponían entre el individuo y el poder público han desaparecido y aquél carece del poder suficiente de defender su personalidad contra éste. Como acabamos de leer en una revista de sociología, "la teoría de la sociedad masa postula un estado administrativo, una ciudadanía masificada y carencia de organizaciones intermedias que pudieran interponerse entre ambos"⁹. Los *elementos públicos* de la sociedad moderna, el estado, las comunicaciones masivas —radio, cine, televisión—, la propaganda —comercial o política—, no son contrarrestados por los *elementos privados*, un día tan frecuentes.

VII

CONSIDERACIONES ETICAS INCIDENTALES

Hasta aquí he hablado de la teoría de la sociedad de masas cual si fuera una sola. Me he fijado más que nada en algunos rasgos que son el común denominador de sus varias versiones, con el propósito de alcanzar una visión crítica del acervo. De entre ellas, algunas se desvían tanto de la teoría original que la somera crítica aquí pergueñada no se les puede aplicar del todo. Por ejemplo, algunos sociólogos han intentado recientemente demostrar que la sociedad de masas incluye muchos valores positivos que favorecen la libertad y la creatividad individuales, y que por

⁹ SCOTT GREER y PETER ORLEANS. *The Mass society and the Parapolitical Structure*. "American Sociological Review", Vol 25, n.º 5. Octubre de 1962.

lo tanto dicha sociedad no amenaza ni a la democracia ni al progreso de la cultura. Esta es una opinión "heterodoxa" que no puede ser ignorada. Pero básicamente no renuncia a los supuestos principales, ya que no pone en cuestión la integridad misma del concepto. Lo más interesante es que intenta evitar el repudio moral y en bloque de nuestro mundo que puede verse entre los demás representantes de la teoría¹⁰.

Repudio moral. Henos aquí frente a uno de los puntos más delicados de la teoría. He hecho hincapié en la forma en la que algunas actitudes negativas hacia la posible o real preeminencia del hombre común se hallan escondidas bajo la máscara de cierto material sociológico, o mejor dicho, en el uso de ese material. A esto hay que añadir una consideración incidental: la teoría refleja también la actitud moral que condena la vida en un mundo técnico como si fuera intrínsecamente corrompida. Esta condena no es nada nuevo tampoco y debe entroncarse con las muchas obras que desde la Antigüedad hasta el *Menosprecio de Corte* de Guevara han criticado implacablemente la vida ciudadana. En ellas no era esta vida *per se* la que se ponía en tela de juicio, sino las formas técnicas, artificiales, que pueblan el ámbito urbano. En esta obra, como en otras que la siguieron, la influencia de los ideales bucólicos era tan grande que las verdaderas condiciones de la vida campestre eran ignoradas por completo. Las ventajas morales del hombre que no vive en el ambiente urbano se daban por sentadas. Ni los fisiócratas ni Rousseau ni las gentes por ellos influenciadas se libraron del espejismo. Al contrario, hicieron de él piedra angular de especulación.

Cuando llegó la hora de la abierta alabanza de la que estaba dejando de ser corte para convertirse en ciudad burguesa, o por lo menos de la industria —tan íntimamente unida hasta hace poco a la vida urbana—, la protesta moral contra la edad de la tecnología empezó. Cada esfuerzo de un Saint-Simon hallaba un contraataque —más pronto o más tarde— en la voz de un Donoso Cortés. Y hoy, muchos años después, algunos teóricos de la sociedad de masas, como, por ejemplo, Röpke, nos proponen una vuelta a una sociedad de pequeñas comunidades económicas de caracteres extrañamente medievales. El fenómeno no puede dejarse correr simplemente con destacar las tendencias ultraconservadoras de las personas que insisten en tales proposiciones. Porque desde cierto punto de vista el repudio moral de la situación urbanoindustrial va más allá del conservadurismo y hasta del progresismo. Marx, Kropotkin y Proudhon, por ejemplo, también rechazaron tal situación. Y el concepto hegelianomarxista de la alienación social, que es tan central a la presente teoría de la sociedad de masas es fundamentalmente un concepto ético, más que psicológico. Estos autores progresivos y los movimientos que ellos parcialmente engendraron, también hallaron lugar para una arcadia donde las situaciones malignas que surgen de la forma industrial capitalista de producción y vida serían eliminadas para siempre.

Pero hay algo que decir en favor de la teoría. Sus postulados quizás no sean por completo adecuados a las circunstancias reales, pues, como

¹⁰ Véase, por ejemplo, el trabajo de Gusfield citado en la nota n.º 4.

hemos visto, pesan en ellos más las actitudes personales y sobre todo ciertas tradiciones del pensamiento social que los análisis realistas de la situación. Sin embargo, la teoría de la sociedad de masas es una respuesta sincera y a veces angustiada ante algunas de las desgracias que al hombre contemporáneo acucian.

No cabe duda que muchos de los fenómenos nocivos por ella descritos son auténticos y preocupan o deben preocupar a nuestros congéneres. La democracia política ha dado resultados no deseables también: la apatía y el activismo. El desarrollo económico nos ha llevado a corrupciones de la idea del bienestar, a una economía de consumo basada en la propaganda incesante. Los medios masivos de comunicación no han servido siempre para hacer la cultura más asequible, sino para alimentar a la mayoría de material cinematográfico, televisado o radiado de ínfima calidad. Y así, sucesivamente.

Lo que no se puede hacer, empero, es tomar todos los aspectos negativos de la sociedad moderna, ensamblarlos, darles una vestidura léxica sociológica y pretender, con ello, hacer un dictamen de la misma. Esta es mucho más que eso, y sus derroteros escapan al pesimismo, como escapan al optimismo. Ya viene siendo hora de que los hombres dedicados al estudio de la sociedad humana prescindan un poco de ellos.

Puerto Rico, octubre 1962.